

www.elboomeran.com

BERTA VIAS MAHOU

VENÍAN
A BUSCARLO A ÉL

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2010 by Berta Vias Mahou
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-92649-75-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 38 943-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

UNA MEMORIA EN SOMBRAS

Decía sí, tal vez fuera no, había que remontar el tiempo a través de una memoria en sombras, nada era seguro. La memoria de los pobres está menos alimentada que la de los ricos, tiene menos puntos de referencia en el espacio, puesto que rara vez dejan el lugar donde viven, y también menos puntos de referencia en el tiempo de una vida uniforme y gris. Tienen, claro está, la memoria del corazón, que es la más segura, dicen, pero el corazón se gasta con la pena y el trabajo, olvida más rápido bajo el peso de la fatiga. El tiempo perdido sólo lo recuperan los ricos.

¿Sí? ¿Era así? Tampoco los ricos parecían tener mucha memoria. Tan sólo más documentos con los que apoyarla. Jacques dejó la pluma, paseó la mirada por la habitación, y por unos instantes contempló los retratos de Nietzsche y de Dostoievsky, que desde hacía tiempo le acompañaban. Sus maestros. En el dolor y en la escritura, en la superación del sufrimiento. Para él, que no era creyente, que no tenía más religión que la de la libertad, la lucha por la justicia y el respeto a la vida, aquéllos eran sus santos tutelares. Se apartó de la mesa, una mesa alta con el tablero inclinado y abatible, dio unos pasos y, al llegar junto a la ventana, se apoyó en el marco. Allí fuera reinaba un silencio atroz, como de otro mundo. La nieve caía cada vez con más fuerza y el viento hacía que aquellas espumas volantes, en lugar de descender tranquilamente, despacio, se cruzaran entre sí delante del cristal, enrabiadas. Los tejados a su alrededor se encontraban ya cubiertos por una espesa capa, y el mundo entero parecía haberse detenido.

De color naranja, o rojos, en España. En Argel eran terrazas, pintadas a la cal, en las que se colgaba la ropa. Durante el verano el sol allí abrasaba las casas resacas. No se podía vivir más que a la sombra de las persianas cerradas, en una penumbra llena de partículas que competían en brillo y colores. En París, en cambio, los tejados eran negros o de un gris tan sombrío como los cielos invernales que cubrían la ciudad durante buena parte del año. Inaccesibles, sin respuesta. Las pizarras habían amanecido húmedas y ahora estaban blancas. Envueltos en aquella luz, los pájaros parecían aún más oscuros. Pasaban como proyectiles que se perdían en busca de un objetivo invisible, remotísimo. París es una ciudad sucia, llena de palomas y de patios negros, había escrito hacía unos años. La gente aquí tiene la piel blanca. Y, cuando cae la noche, se meten en sus casas. En mi tierra, cuando anochece, uno se apresura a salir. Se decía que aquélla era una de las ciudades más hermosas del mundo, pero a él le fatigaba, y su deseo más hondo hubiera sido volver a su tierra, un país de hombres, rudo, inolvidable. Pero, por diferentes razones, no era posible.

Si no conseguía huir cuanto antes, aquella ciudad acabaría con él. Terminaría por aplastarle. Y al no poder volver a Argel, Jacques soñaba con la zona del Luberon, la montaña de Lure, Lauris, Lourmarin. Con poder marcharse allí algún día. Con ver la primera estrella en el silencio de la noche. Con el olor de la albahaca, del romero, del tomillo, de la lavanda en flor. Soñaba con una casa sencilla, amplia y cómoda. Y un paisaje que se pudiera contemplar desde sus ventanas como se contempla el mar desde un acantilado. Abandonar París. Un deseo que pocos compartían, que muchos ni siquiera eran capaces de entender. Tal vez tan sólo su amigo René. Uno de los amigos que aún le quedaban. A él, que tanta importancia había dado siempre a la amis-

tad. Pero René pasaba buena parte del tiempo en la Provenza, mientras Jacques seguía atrapado en aquella capital que detestaba. Tal vez porque era un monstruo, un bárbaro. Al menos él siempre se había visto así, como alguien que había traicionado a los suyos, dejándolos atrás, en aquel país cada vez más devorado por el cáncer de la violencia.

El tiempo perdido sólo lo recuperan los ricos, sí. Él mismo había acabado por convertirse en un buen ejemplo. Pero ¿qué habría sido de él sin el apoyo de su profesor de instituto, de aquella mano tendida entonces, a cambio de nada, sólo porque pensaba que él lo merecía más que otros, que lo iba a aprovechar mejor? No se habría dedicado a recuperar el tiempo. Lo más probable es que se hubiera limitado a perderlo, con resignación, con paciencia, como tantos hombres y mujeres a lo largo de los siglos, en tantos lugares del mundo. Como su madre. Y, sin embargo, entonces había sabido lo que era la felicidad. La miseria le había impedido creer que todo estaba bien bajo el sol y en la historia, mientras que el sol le había enseñado que la historia no lo era todo. Entonces había vivido en el presente. Descalzo. Casi desnudo. Jugando con otros niños por las calles llenas de polvo y en la playa. Ahora el pasado crecía a sus espaldas, el futuro parecía encogerse en proporción inversa, y el presente se escapaba.

Allí le habían bastado pocas cosas, que ni siquiera había poseído. El sol, el mar, el viento, las estrellas. Y recordó a los nómadas de Djelfa. Pobres, miserables, ofreciéndolo todo al huésped. Sí, había crecido junto al mar, lejos de aquella ciudad que ahora veía por la ventana, de aquella capital agazapada en el interior del continente más pequeño del mundo, y la miseria nunca le había resultado penosa. Jamás había escuchado quejas ni reivindicaciones a su alrededor. Aquella vida les parecía natural. Después, lo ha-

bía perdido, había perdido el mar. Y el sol. Desde entonces todos los lujos se le habían antojado grises. La pobreza, intolerable. Él no pertenecía a aquella raza que ahora le rodeaba, aquella raza que tanto se preocupaba por el dinero y se aburría de corazón. Que convertía su mesa en este o aquel cafetín de la orilla izquierda en el estrado de un juez implacable con algunas víctimas y magnánimo con ciertos verdugos, para dictar sentencias sobre lo que desconocía, entre sorbos de whisky o de café y comentarios frívolos pretendidamente libertinos.

Qué lejos, en cambio, el sol, el mar, la vida sencilla de las playas. Y qué inalcanzable la paz. Añoraba la soledad de una columna de piedra. La de un olivo bajo un cielo de verano. Esa lección de amor y de paciencia que le habían dado los parajes desolados del desierto. Sabía que acabaría por comprarse una casa. Y muebles. Y se convertiría en un esclavo, aunque llevara una vida de rico, dedicado a recuperar el tiempo. Como Proust, al que imaginó dando vueltas en la cama en una habitación con las paredes forradas de corcho de arriba abajo, tratando de protegerse del ruido, del mundo entero, en busca de las palabras, como él. Buscando nada. O casi nada. Un trocito de inmortalidad. Imaginó también al que en otro tiempo fuera su amigo, a Jean Paul, cuyo padre había muerto, como el suyo, siendo joven. Otro muerto que no había tenido tiempo de ser padre y que en aquel preciso instante habría podido ser ya el hijo de su hijo. Una de las coincidencias que aún existían entre ellos. Como la de la literatura.

Ya ni siquiera era el mismo su compromiso con los pobres, con los perseguidos, con los que no tienen voz, desde que, hacía unos años, Jean Paul, monsieur Néant, como él le llamaba ahora, se había atrevido a decir, con todo el equipo de su flamante revista, que si la clase obrera quería

dejar el Partido tan sólo disponía de un medio: morder el polvo. Siempre recurriendo a la amenaza cuando el otro se atreve a disentir lo más mínimo de la doctrina que se quiere imponer. Todo anticomunista es un perro, ladraba. Era lo más suave que podía llegar a decir. Y Jacques tratando de adoptar la naturalidad y la paciencia de las vacas, sin conseguirlo, porque lo que necesitaba, lo que allí seguía haciendo falta, era una revolución. La revolución, urgente y paulatina, de las almas. No tengo tiempo de escribir para las revistas, se decía, ni siquiera para arrebatarse un argumento a Jean Paul... Me queda poco y quiero aprovecharlo para el nuevo libro.

También Jean Paul, también monsieur Néant, en su devoción por los libros, se había encerrado desde pequeño en aquel mundo imaginario, el de las palabras, las que leía en los libros, las que después él mismo había escrito, las que aún habría de escribir. En cambio, él llevaba tanto sin hacerlo, sin escribir apenas. Se sentía vacío, cansado. Aunque sabía que a veces era necesario un periodo de silencio para poder escribir luego más e incluso tal vez mejor. Y ahora, y desde hacía muy poco, los recuerdos parecían que por fin tiraban de él, el peso del tiempo perdido, y entre sus manos empezaba a crecer un nuevo libro, una novela, aunque, como siempre, eran tantas las dudas. No, no como siempre. Las dudas ahora eran incluso mayores. El oficio de escritor no parecía tener nada de oficio. Resultaba cada vez más doloroso, más difícil, más solitario aún. Mayor el desasosiego, los escrúpulos. Y más numerosos los periodos de esterilidad, que cada vez que se anunciaban, cada vez que se implantaban, amenazaban con ser definitivos y le sumían en una crisis de ansiedad, aunque acabaran por revelarse como pasajeros, cuando aquella fuente misteriosa al fin volvía a manar.

Si tuviera que escribir un libro de moral, había anotado en una ocasión al principio de su carrera, tendría cien páginas y noventa y nueve estarían en blanco. En la última escribiría: No conozco más que un deber y es el de amar. No había avanzado mucho desde entonces. Y siempre, en lo más hondo, seguía sintiendo la tentación de renunciar a aquel esfuerzo incesante. A pesar del reconocimiento. O tal vez por eso. Por la responsabilidad, cada vez mayor. Por el mucho ruido que se hacía en torno a él y en torno a sus libros. Por la vergüenza. ¿De qué? ¿De qué podía un hombre tener vergüenza? ¿De su empeño en decir la verdad? ¿De su empecinamiento en ser feliz? Para él, aquélla era una obligación del ser humano. Tal vez también fuera el miedo. El miedo a hacer daño a otros seres, precisamente a aquellos a los que más quería. Porque ¿cómo disminuir lo que las palabras tantas veces tenían de mentira e incluso de odio, de injusticia? Y ¿cómo dar un nuevo empleo a las de todo el mundo, a las de todos los días? ¿Cómo expresar todo el amor que sentía y que le dolía hasta sumirle en un mutismo insoportable, cada vez mayor?

Sí, era, sin duda alguna, un camino hacia el silencio. Y, sin embargo, una vez más tiró de sí mismo con todas sus fuerzas y abandonó su observatorio en la ventana, la vista de aquella ciudad que cada día se le mostraba más hostil, y volvió al escritorio, para seguir transcribiendo las palabras que por primera vez desde hacía mucho tiempo bullían en su interior. Para los pobres el tiempo sólo marca los vagos rastros del camino de la muerte. Y además, para poder soportar, no hay que recordar demasiado, hay que estar pegado a los días, hora tras hora, como lo hacía su madre... Jacques volvió a levantar la cabeza del papel y perdió la mirada en sus recuerdos. Cuando su madre vivía en una habitación no dejaba ninguna huella, todo lo más un pañue-

lo con el que solía jugar entre sus manos y que de cuando en cuando abandonaba en su regazo mientras esperaba a que pasara el tiempo, a que llegara la hora de comer. O la de dormir. O una visita. Estaba seguro de que a su muerte, la huella de su paso por el mundo no sería mucho mayor. Unos zapatos. Algo de ropa.

O alguna página de periódico en la que apareciera su hijo, el más pequeño de los dos. Simples trozos de papel de los que ahora se sentía tan orgullosa, aun cuando no pudiera descifrarlos y tuviera que esperar a que se los leyera alguien. Los acariciaba, fingiendo que los quería alisar, que se habían arrugado o tenían algo de polvo, y de vez en cuando se los mostraba a alguna vecina. Ufana, con una admiración discreta, inocente. La recordaba en el patio, a la puerta de la casa, calentando sus huesos al sol, sentada en una silla con el periódico sobre las piernas. En sus manos parecía una sábana, no sólo por el tamaño de las hojas, también por la indefensión que se adivinaba en cada uno de sus gestos, en su mirada, en su sonrisa, el desamparo frente a todas aquellas letras que no comprendía, aunque le gustaba pasar el dedo por encima, contemplar las imágenes.

También sus libros eran un misterio para ella. No podía leerlos. Y tampoco podría leer el que estaba escribiendo ahora, un libro que había decidido dedicarle. A ti, que nunca podrás leer este libro, había escrito Jacques en la primera página. Él, sin embargo, dejaría tras de sí una infinidad de papeles. Huellas que no eran como las de nuestros zapatos o las de nuestros pies en la arena de una playa. Rastros que sin duda era más difícil que algún día llegaran a desaparecer, aunque alguien podía tratar de hacerlo. Empeñarse en borrar las marcas de su paso por la vida. Lo que él había escrito. Todas aquellas páginas que ahora crecían bajo su mirada. Todas aquellas páginas llenas de anotacio-

nes, de ideas que aún se proponía desarrollar, detalles que tendría que investigar más a fondo, preguntando a sus amigos, a su madre y a otras personas que habían vivido aquellos mismos hechos, consultando libros, relejendo periódicos, pasquines, proclamas. Llenas también de tachaduras. Caminos por los que se había aventurado, para abandonarlos poco después.

Hermanos musulmanes, todos los partisanos del FLN deben exterminar a todos los europeos, incluidos los niños. Sin hacer diferencias. Cuando lo había leído, Jacques se había quedado sin respiración. Era un comunicado del 17 de enero que ponía sello oficial a una brutal estrategia de atentados indiscriminados. Nada nuevo, en realidad, puesto que en decenas de explosiones en lugares públicos, de tiroteos en autobuses o de asaltos a granjas e incendios de escuelas e iglesias, habían matado a niños sin pestañear siquiera. Pero sí había algo diferente. Ahora se proclamaba a los cuatro vientos, escrito y rubricado en la octavilla, y se cerraba definitivamente la puerta de las disculpas, del recurso a la retórica del accidente no deseado, pero inevitable, de la culpabilización de las víctimas. Era una auténtica declaración de guerra sin cuartel. Y enseguida el mecanismo de la violencia se había vuelto a poner en marcha.

En abril, tras el asesinato de dos paracaidistas franceses, sus compañeros habían entrado a sangre y fuego en unos baños árabes, disparando contra todo lo que encontraban y causando veinte muertos y otros tantos heridos. Sin duda mataron a algunos de los terroristas que habían ido allí a refugiarse, perseguidos por la policía, pero los baños servían cada noche como dormitorio para muchos vagabundos. Y no hubo misericordia para los pobres. Ninguna misericordia y ni un solo gramo de cerebro. Como no lo tenían aquellos colonos que hacían *raids* en coche por los altos de Ar-

gel, disparando contra las *mechtas* de los campesinos árabes. O los militares, al generalizar las ejecuciones sumarias bajo el amparo de una muy laxa Ley de Fugas. Y hacía tan sólo unos días se había producido una nueva matanza. En Melouza, trescientos treinta y ocho civiles musulmanes habían sido masacrados a manos de otros musulmanes. A tiros y cuchilladas, habían cortado la garganta y emasculado a todos los hombres del pueblo, partidarios de Messali Hadj, el fundador de la Estrella Norteafricana, germen de todo el movimiento antiimperialista, ahora sentenciado por sus cachorros, más radicales.

El aparato de propaganda del FLN intentaría achacar aquella carnicería al ejército francés. Durante mucho tiempo lo conseguiría, y no era de extrañar. La tortura y la brutalidad no eran patrimonio exclusivo de ningún bando. El odio se alimenta de odio en cualquier cultura. Y cuando ya ha crecido bastante, se llama nacionalismo. A veces, como ahora, Jacques sentía en su interior la tentación de dejar de hacerlo, para siempre. Dejar de escribir y limitarse a vivir, a amar, una tarea de titanes, para compensar el miedo y el dolor, el sufrimiento y la angustia, tan presentes en tantas vidas, en tantos puntos de la tierra, pero el impulso de escribir, de luchar contra la mentira y la violencia, contra el totalitarismo y la injusticia, acababa siempre por vencer. Y una vez más volvió a apoderarse de él.

Sí, para poder soportar, no había que recordar demasiado, había que estar pegado a los días, hora tras hora, como lo hacía su madre... Él también era mudo delante de ella e, inválido a su modo, tenía que renunciar a saber algo por boca de ella. Incluso aquel detalle que de niño le había impresionado tanto y que le había perseguido durante toda su vida hasta en sueños. Su padre levantándose a las tres de la mañana para asistir a la ejecución de un criminal famo-

VENÍAN A BUSCARLO A ÉL

so. Lo supo por la abuela. Pirette era un obrero agrícola en una finca del Sahel, bastante próxima a Argel. Había matado a martillazos a sus patrones y a los tres niños de la casa.